

¿LA CORRUPCIÓN SE TRANSMITE COMO UNA EPIDEMIA? NUEVOS ESTUDIOS MUESTRAN QUE EL EFECTO CONTAGIO ENTRE PAÍSES (Y TAMBIÉN A NIVEL INTERNO) PUEDE JUGAR UN ROL MÁS IMPORTANTE DE LO QUE SE SUPONÍA. LECCIONES POSIBLES PARA LA IDIOSINCRASIA ARGENTINA.

Por MATÍAS LOEWY





LA PLAGA

EN EL AÑO 2004, EL ENTONCES CANCELLER DEL GOBIERNO DE Néstor Kirchner, Rafael Bielsa, definió en una asamblea de la OEA la corrupción como una “epidemia” que había que rodear con un “cordón sanitario”. El mes pasado, el zar colombiano de la anticorrupción, Oscar Ortiz, comparó la corrupción con el virus de la gripe A. Más gráfico aun fue un ministro de Burundi, un pequeño país africano que suele figurar entre los últimos 15 lugares del ranking anual de Transparencia Internacional: “La corrupción es una plaga, un mal endémico. Si el SIDA tiene efectos devastadores para el cuerpo humano, la corrupción los tiene para la economía nacional”, dijo Venant Kamana, a mediados de 2007.

CACEROLAS: *Manifestantes argentinos en enero de 2002, tras la caída de De la Rúa.*

Es algo más que una metáfora. Pensar en la corrupción como una peste, una especie de enfermedad tenaz que se perpetúa a lo largo de los siglos, entraña el riesgo de disminuir la responsabilidad de los actores involucrados. Los corruptores y corrompidos serían engranajes de un mecanismo perverso que los trasciende, víctimas ineluctables de sus circunstancias. Pacientes de la misma enfermedad.

Sin embargo, un grupo creciente de investigadores ha empezado a analizar y documentar con rigor la “contagiosidad” de las prácticas corruptas. Los primeros hallazgos, en algunos casos sorprendentes, podrían tener relevancia para optimizar las estrategias preventivas y “terapéuticas” contra el mal.

Gbewopo Attila, un economista togolés del Instituto Noruego de Asuntos Internacionales (con sede en Oslo), condujo quizás el estudio más exhaustivo a la fecha del denominado “efecto contagio”. Correlacionó la percepción de corrupción en 120 países con la distribución espacial o grado de vecindad de los respectivos estados. Y comprobó un nexo directo entre la corrupción en una nación dada con la existente en la región. Los resultados fueron robustos. “Cuando el nivel de corrupción en un país dado aumenta, la consecuencia es un incremento de la corrupción en un país cercano”, postuló en un paper de 2008. Lo interesante es que el estudio de Attila también sugiere el escenario simétrico: si un país mejora sus niveles de transparencia, produciría un efecto similar en sus vecinos.

A conclusiones similares llegaron investigadores alemanes liderados por Sascha Becker, profesor de las universidades de Stirling (Inglaterra) y Munich. Tras un análisis transversal de 123 economías, publicado en la edición de septiembre pasado del *European Journal of Political Economy*, Becker y sus colegas concluyeron que salvo unas pocas excepciones, la corrupción es un fenómeno regional. Señalaron asimismo que así como se contagian los malos hábitos, los cambios institucionales que logran reducir la corrupción en un país deberían también extender sus beneficios más allá de las fronteras.

“El efecto contagio puede ser significativo”, confirma a *NEWSWEEK* Rajeev Goel, un economista indio que también estudió el fenómeno global. Según Goel, quien es profesor e investigador de la Universidad del Estado de Illinois, en Estados Unidos, la presencia de corrupción en otras regiones puede ejercer dos efectos negativos sobre un país que disfruta de mayor transparencia pública: 1) estimula a instituciones o



“CUANDO EL NIVEL DE CORRUPCIÓN SUBE EN UN PAÍS, LA CONSECUENCIA ES OTRO AUMENTO EN UN PAÍS CERCANO”.

—GBEWOPO ATTILA

agencias de gobierno, hasta entonces sin corromper, a seguir el mal ejemplo; 2) “enseña” a los potenciales pagadores de coimas sobre cuál es la forma sucia de hacer negocios. También podrían operar mecanismos similares entre funcionarios o empleados de un organismo o institución de un mismo país. O cuando empresas de Estados con alta reputación de transparencia deben hacer negocios en ámbitos menos impolutos, como parecen haber graficado los *affaires* IBM y Skanska en la Argentina.

Los contagios parecen potenciarse cuando existen bajos índices de desarrollo y de “accountability” o rendición de cuentas. Cuando dos países limítrofes con características socioeconómicas, políticas y culturales semejantes exhiben niveles elevados de corrupción, ambos tienden a quedar atrapados en un círculo vicioso donde los negocios turbios engendran más negocios turbios. Pero Goel hace una observación

pertinente: en tiempos de Internet y globalización, para que opere el contagio no se requiere necesariamente que exista contigüidad física entre el país que trasmite y el que contrae la plaga.

LOS MECANISMOS VIRTUALES DE CONTAGIO pueden ser nuevos, pero la corrupción y las leyes que intentan combatirlos son casi tan antiguas como la humanidad misma. “Nunca aceptes sobornos, que enneguecen al sabio y pervierten las palabras del justo”, le recomendó Dios a Moisés, según el Antiguo Testamento. No parece haber sido muy escuchado. Hoy se calcula que 1 de cada 30 dólares que se mueven en la economía mundial se destina al pago de coimas o retornos. Y desde Nigeria hasta Afganistán, desde Guatemala hasta Italia, la corrupción se considera uno de los mayores desafíos para la democracia y el crecimiento. La Convención de las Naciones Unidas contra



“TODOS LOS ARGENTINOS QUEDAMOS DE ALGÚN MODO ENGANCHADOS CON LA LOCOMOTORA CORRUPTA”.

—JOSÉ EDUARDO ABADI

confirma la socióloga Paula Boniolo, becaria del Instituto Gino Germani de la UBA y miembro del equipo de Ruth Sautu, compiladora de un “Catálogo de prácticas corruptas” (2004).

Los negociados, trampas y transacciones deshonestas en nuestra tierra preceden la existencia de la Argentina como nación (ver columna de la página 20), y se habrían de volver tan criollos como el Martín Fierro. Guillermo Vitelli, licenciado en Economía Política e investigador del CONICET, sostiene que desde el momento en que la pareja real española se apropió de las tierras descubiertas por Colón, se iniciaron sobre el actual suelo argentino más de cinco siglos de negocios, apropiaciones y corrupciones gestadas desde los poderes políticos.

Vitelli recopiló y analizó los casos en un voluminoso libro, “Negocios, corrupciones y política. Las repeticiones de la Argentina”, editado por Prendergast en 2006. En diálogo con NEWSWEEK, el especialista en historia económica recuerda, por lo emblemático, la misión del militar José Álvarez Condarco cuando viajó a Europa para adquirir armas y barcos con fondos públicos. Sus jefes eran José de San Martín y Bernardo O’Higgins, quienes ordenaron a su delegado el depósito de una “comisión” en sus respectivas cuentas privadas en Londres. Es un “punto negro” en la historia del Libertador de América, reconoció Bartolomé Mitre en su “Historia de San Martín” (1887-1890), donde cuenta el episodio.

Los puntos negros, en cualquier caso, se enmarcan en el contexto de una endemia. “Las entregas digitadas de negocios y las corrupciones fueron permanentes y siempre amparadas por los gobernantes, que raramente fueron ajenos a los réditos”, enumera Vitelli, quien dice que solamente no pudo encontrar casos de corrupción durante el Gobierno de Arturo Illia.

Profesor de la Universidad Nacional de Lanús y del Instituto de Estudios de las Finanzas Públicas, Vitelli afirma que existe otro canal de contagio de la corrupción: la diseminación regional de determinadas ideologías y lógicas de negocios que propician y después legitiman el desfalco. Dice también que identifica dos grandes hitos de corrupción asociada a negocios en nuestra historia: la entrega digitada de tierras fiscales de la Pampa a unos pocos propietarios,

durante el siglo XIX, y la privatización masiva de patrimonios públicos durante el Gobierno de Carlos Menem.

Newsweek: ¿Y cómo evalúa en términos de corrupción los Gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner?

Vitelli: Es difícil hacer el “corruptómetro” en cada coyuntura. ¿Leyó el libro de Luis Majul (“El jefe”)? Está bueno. Pero Majul no tiene muchas pruebas. La corrupción es muy difícil de probar.

EN LAS ENDEMIAS SUELE HABER PERÍODOS de brotes epidémicos, de alivios y agravamientos. La mayor parte de los Gobiernos argentinos acumulan, en algún momento de su gestión, sospechas y denuncias de corrupción. Muy pocas, es cierto, fructifican en condenas. En su libro “Pizza y champán”, Silvina Walger cita una frase emblemática del periodista Mario Wainfeld: “El menemismo corrompe hasta al tamborcito de Tacuarí”. Sin embargo, de los cientos de causas por supuestos sobornos y enriquecimiento ilícito de funcionarios de ese período que se tramitaron en la Justicia federal, la única que fue a la cárcel y perdió una propiedad fue María Julia Alsogaray.

Cuando Cristina Fernández de Kirchner improvisó su discurso de asunción, el 10 de diciembre de 2007, pronunció 4.440 palabras. Ninguna de ellas fue “corrupción”, pero la omisión no sirvió para prevenir la amenaza. Días más tarde, la flamante presidente reaccionó furiosa en la Casa Rosada contra el Gobierno de George W. Bush cuando un fiscal estadounidense sugirió que el empresario Guido Antonini Wilson había traído desde Caracas US\$ 800.000 en su maleta para financiar ilegalmente su campaña. “Es una operación basura”, bramó. En los dos años subsiguientes, las acusaciones por supuestas prácticas corruptas de su entorno o de funcionarios habrían de volverse más habituales. En los diarios y en el discurso opositor.

Lo que no está claro es si la creciente desconfianza pública respecto a la transparencia kirchnerista representa una causa o una consecuencia de la caída de imagen que experimenta su gestión. Si el celo contra los negociados sólo “prende” cuando las barreras oficialistas están bajas. “La corrupción parece volverse un problema para los gobiernos sólo cuando no logran exhibir éxitos en otros frentes”, dice Inés Pousadela,

la Corrupción (UNCAC), que obliga a sus miembros a tomar una serie de medidas contra el delito, ya fue firmada y ratificada por 137 países desde su adopción, en 2003.

Nuestro país se sumó al instrumento de la ONU el 10 de diciembre de 2003. Y confirmó su adhesión tres años más tarde. Pero todavía no hay evidencias de que ello haya tenido un impacto concreto. Mientras en 2006 la Argentina estaba en el puesto 93 sobre un total de 163 países relevados en la lista de “percepción de corrupción” que elabora Transparencia Internacional, en el ranking de 2009, que incluye 180 países, descendió a la ubicación número 106.

La relación entre víctimas y victimarios, asimismo, sigue reproduciendo en la Argentina una especie de síndrome de Estocolmo. Los límites entre el bien y el mal son difusos. “Todos los argentinos quedamos de algún modo enganchados como un vagón a la locomotora corrupta”, describen el psiquiatra José Eduardo Abadi y el dramaturgo Diego Mileo en el libro “No somos tan buena gente”. “Es como si hubiera un irresistible juego de seducción, una necesidad imperiosa de quedar incluidos”.

“En los países centrales, la corrupción tiene más que ver con la esfera de los negocios. En la Argentina, la corrupción está imbricada en las relaciones cotidianas”,

Luces y sombras de líderes argentinos.



José de San Martín. En su biografía del Libertador, Bartolomé Mitre contó que recibió una "comisión" por la compra de una fragata y armas en Inglaterra. No murió pobre.



Juan M. de Rosas. Tras derrocarlo, Urquiza le pidió a la Legislatura que no investigara sus casos de corrupción para que a él no le pasara lo mismo. Muchos políticos lo han emulado.



Arturo Illia. Guillermo Vitelli documentó casos de corrupción en la Argentina desde los tiempos de la colonia. Pero dice que la única gestión en que no halló manchas fue la de Illia.

una socióloga argentina que investiga sobre política y "accountability" en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Georgetown University, en Washington D.C.

Según el "Barómetro Global" de Transparencia Internacional, ocho de cada diez argentinos no creen que el Gobierno de Cristina Kirchner tome medidas concretas contra la corrupción en el Estado. El pesimismo va en alza: en 2006 y 2007, comparaban esa opinión un 50 y el 73 por ciento de los encuestados, respectivamente.

Puede aducirse que la percepción de corrupción está condicionada por distintos ingredientes, como la difusión que dan a los casos algunos medios de comunicación afectados por políticas oficiales. También, que la "sensación térmica" no necesariamente reproduce de modo fehaciente la magnitud del problema. La edición 2007 de una encuesta latinoamericana de la consultora PriceWaterhouseCoopers, basada en la respuesta de 310 ejecutivos de México, la Argentina, Brasil y Chile, reveló que mientras un 29 por

ciento de los entrevistados consideraba que la corrupción y las coimas eran las prácticas fraudulentas más extendidas en las empresas de la región, la incidencia real de ese delito apenas llegaba a un 11 por ciento.

Pero no hay que desmerecer el valor de las subjetividades, argumenta el economista y periodista Tristán Rodríguez Laredo, director del Consejo Consultivo del CADAL, organismo que esta semana va a presentar en un foro en Buenos Aires el informe "Democracia, Mercado y Transpa-



ESPECIALES DE VERANO 2010

6 FEBRERO - Arqueología

13 FEBRERO - Ciencia aplicada

20 FEBRERO - Selva de Camisea (Perú)

27 FEBRERO - Fauna del Atlántico Sur



CIENTÍFICOS
INDUSTRIA ARGENTINA
SABADO 11.40HS



TV Pública
CANALSiete



Carlos Menem. Impulsó una transferencia masiva del patrimonio público a manos privadas. Pero su única funcionaria presa por enriquecimiento ilícito fue María Julia Alsogaray.



Fernando de la Rúa. Su vicepresidente, “Chacho” Álvarez, renunció por la aprobación “banelquizada” de leyes. Pero la gente salió con las cacerolas a las calles por el “corralito”.



Cristina Kirchner. Durante su gestión, crecieron las denuncias de corrupción y el país cayó en los índices de percepción de Transparencia Internacional.

rencia 2009” (en el que la Argentina ocupa el puesto 71 sobre 168 países). John Keynes, agrega Rodríguez Laredo, “hablaba de los espíritus animales que muchas veces empujan a los inversores a tomar decisiones por corazonadas”. En todo caso, la corrupción puede considerarse como una peste donde la sensación de enfermedad es tan importante como el diagnóstico confirmatorio.

ALGUNOS EXPERTOS ARGENTINOS DISCREPAN con la idea de la contagiosidad de la corrupción. Manuel Garrido, director de los programas de Justicia y Transparencia del CIPPEC, afirma que “no estamos hablando de una enfermedad sino de prácticas humanas”. Para Pousadela, es difícil dimensionar el peso de la transmisión entre países cuando, por ejemplo, la Argentina o Brasil tienen como vecinos a Chile y Uruguay, ubicados mucho mejor en el ranking de Transparencia Internacional. “¿Cuáles serían sus anticuerpos?”, pregunta.

De todas formas, sí coinciden en que a nivel interno puede existir un efecto de autoalimentación o contagio de las prácticas turbias, en especial cuando se difunde la sensación de impunidad y de corrupción desenfadada en niveles altos de gobierno. Hay estudios específicos, como uno de 2009 en la revista *Psychological Science*, que muestran que los estudiantes se ven tentados a copiarse si observan que un compañero de clase actúa de manera deshonesto. El desapego a las normas observado o percibido en los otros podría inspirar el mismo tipo de derrape moral (acompañado a menudo por el atenuante exculpatorio: “Y, si todos lo hacen...”).

“No es que haya países más corruptos y países menos corruptos”, apunta Delia Ferreira Rubio, presidenta de la ONG Poder Ciudadano. “La diferencia es la reacción de la sociedad. La tolerancia que desarrolla a las transgresiones. En la Argentina, a la semana

de un escándalo viene otro que nos hace olvidar el anterior. Y después, en la tercera semana, hay otro que nos hace olvidar los dos anteriores. Y así llevamos décadas”, lamenta.

Aunque la mayoría de los especialistas sostiene que la difusión de los casos de corrupción por la prensa favorece la transparencia (“Kant decía que son injustas todas las acciones referentes al derecho de los hombres cuyas máximas no toleren la posibilidad de ser hechas públicas”, destaca Pousadela), pueden darse efectos paradójicos, como ocurre cuando algunos pacientes exacerbaban sus ataques de ansiedad después de tomar un fármaco ansiolítico.

Viviana Stechina, investigadora argentina en el departamento de Gobierno de la Universidad de Uppsala (Suecia), compro-



“LAS ENTREGAS DIGITADAS DE NEGOCIOS Y LA CORRUPCIÓN FUERON PERMANENTES EN NUESTRA HISTORIA”.

—GUILLERMO VITELLI

bó esa derivación inesperada tras analizar los casos de la Argentina y Chile. Los diarios chilenos eran más reacios a publicar historias sobre negociados y, sin embargo, hay evidencias de que el país trasandino no sufre de la llamada “corrupción sistémica”. “En el corto plazo, cuando un país tiene un nivel intermedio de transparencia y controles débiles, la transparencia informativa permite instalar la corrupción como un fenómeno común, promueve la imitación y permite saber que permanece impune”, sostiene la experta desde el frío nórdico.

En el largo plazo, sin embargo, Stechina reconoce que la difusión de los casos puede tener efectos positivos, porque es capaz de generar el rechazo ciudadano y conducir a

la acción civil orientada a combatirlos. En su opinión, los principales antidotos para reducir los niveles de corrupción en un país son la disminución de la concentración de poder en los procesos de decisión y el fortalecimiento de los controles intraestatales. La convención de la ONU también impulsa un sistema penal que sancione los casos detectados y contribuya a desactivar el fantasma de la impunidad. “La decisión de participar en actos de corrupción, como la de cualquier otro crimen, depende de una combinación del tamaño de la compensación, de la probabilidad de ser detectado y de la magnitud del castigo eventual”, sentencia Sebastián Freille, un becario posdoctoral del CONICET y profesor de la Universidad Nacional de Córdoba que in-

vestiga determinantes de corrupción.

El efecto contagio sugiere que las estrategias contra la corrupción no deben ser sólo nacionales, sino también regionales. Pero la mayoría de los especialistas en ética pública tiene su expectativa en otra “vacuna”: que la población comprenda que tolerar la corrupción tiene un impacto negativo sobre el desarrollo, la calidad de vida y los propios bolsillos. Es una deuda pendiente: la garantía del compromiso. Con cierta triste ironía, Pousadela recuerda que la población salió a golpear cacerolas contra Fernando de la Rúa por el “corralito” y no ofendida por la aprobación “banelquizada” de leyes. ■

con WILLIAM HELSBY